

quedaron tantos millares de hombres como vinieron al sitio de aquella ciudad. Ambicion descubierta, de que lo hiciesen todo los Españoles, y poco advertida en nuestro sentir, porque dexa increíble lo que procura encarecer, quando bastaba para encarecimiento la verdad.

Parten juntos Olid y Sandoval.

Partieron juntos Christoval de Olid y Gonzalo de Sandoval, que se habian de apartar en Tacúba, y se alojaron en aquella ciudad sin contradicion, despoblada ya, como lo estaban los demás lugares contiguos á la laguna: porque los vecinos, que se hallaban capaces de tomar las armas, acudieron á la defensa de México, y los demás se ampararon de los montes, con todo lo que pudieron retirar de sus haciendas. Aqui se tuvo aviso de que habia una junta considerable de tropas Mexicanas á poco mas de media legua, que venian á cubrir los conductos del agua, que baxaban de las sierras de Chapultepeque. Prevision cuidadosa de Guatimozín, que sabiendo el movimiento de los Españoles, trató de poner en defensa los manantiales, de que se proveían todas las fuentes de agua dulce que se gastaba en la ciudad.

Salen tropas Mexicanas á cubrir los conductos del agua.

Cómo eran los conductos.

Descubriense por aquella parte dos ó tres canales de madera cóncava sobre paredones de argamasa: y los enemigos tenian hechos algunos reparos contra las avenidas que miraban al camino. Pero los dos Capitanes salieron de Tacúba con la mayor parte de su

gente; y aunque hallaron porfiada resistencia, se consiguió finalmente que desamparasen el puesto: y se rompieron por dos ó tres partes los conductos y los paredones, con que baxó la corriente dividida en varios arroyos á buscar su centro en la laguna; debiendose á Christoval de Olid, y á Pedro de Alvarado esta primera hostilidad de agotar las fuentes de México, y dexar á los sitiados en la penosa tarea de buscar el agua en los rios que baxaban de los montes, y en precisa necesidad de ocupar su gente y sus canoas en la conduccion y en los comboyes.

Desampararon el puesto los Mexicanos,

y quedan agotadas las fuentes de México.

Conseguida esta faccion, partió Christoval de Olid con su trozo á tomar el puesto de Cuyoacán: y Hernan Cortés, dexando á Gonzalo de Sandoval el tiempo que pareció necesario para que llegáse á Iztapalapa, tomó á su cargo la entrada que se habia de hacer por la laguna, para estar sobre todo, y acudir con los socorros donde llamáse la necesidad. Llevó consigo á Don Fernando, señor de Tezcúco, y á un hermano suyo, mozo de espíritu, llamado Suchel, que se bautizó poco despues, tomando el nombre de Carlos, como súbdito del Emperador. Dexó en aquella ciudad bastante número de gente para cubrir la plaza de armas, y hacer algunas correrías que asegurasen la comunicacion de los quarteles: y dió principio á su navegacion, puestos en ala sus trece bergantines, disponiendo lo mejor que pudo el adorno de

Entra Hernan Cortés con los bergantines.

Suchel hermano del Rey de Tezcúco.

las banderas, flámulas y gallardetes: exterioridad de que se valió para dar bulto á sus fuerzas, y asustar la consideracion del enemigo con la novedad.

Los bergantines se acercan á México.

Iba con propósito de acercarse á México para dexarse ver como señor de la laguna, y volver luego sobre Iztapalápa, donde le daba cuidado Gonzalo de Sandoval, por no haber llevado embarcaciones para desembarazar las calles de aquella poblacion, que por estar dentro del agua eran continuo receptáculo de

Isleta de la laguna con un castillo,

las canoas Mexicanas. Pero al tomar la vuelta, descubrió, á poca distancia de la ciudad, una isleta, ó montecillo de peñascos, que se levantaba considerablemente sobre las aguas, cuya eminencia coronaba un castillo de bastante capacidad, que tenian ocupa-

defendido por los Mexicanos.

do los enemigos, sin otro fin que desafiar á los Españoles, provocandolos con injurias y amenazas desde aquel puesto, donde, á su parecer, estaban seguros de los bergantines. No tuvo por conveniente dexar consentido este atrevimiento á vista de la ciudad, cuyos miradores y terrados estaban cubiertos de gente, observando las primeras operaciones de la armada: y hallando en el mismo sentir á sus Capitanes, se acer-

Salta Cortés en la isleta,

có á los surgideros de la isla, y saltó en tierra con ciento y cincuenta Españoles, repartidos por dos ó tres sendas que guiaban á la cumbre; y subieron peleando, no sin alguna dificultad, porque los enemigos eran muchos, y se defendian valerosamente, has-

ta que perdida la esperanza de mantener la eminencia, se retiraron al castillo, donde no podian mover las armas de apretados: y perecieron muchos, aunque fueron mas los que se perdonaron, por no ensangrentar la espada en los rendidos, quando se despreciaba como embarazosa la carga de los prisioneros.

y los rompe y desaloja.

Logrado en esta breve interpresa el castigo de aquellos Mexicanos, volvieron los Españoles á cobrar sus bergantines: y quando se disponian para tomar el rumbo de Iztapalápa, fue preciso discurrir en nuevo accidente: porque se dexaron ver á la parte de México algunas canoas que iban saliendo á la laguna, cuyo número crecia por instantes. Serian hasta quinientas las que se adelantaron á boga lenta para que saliesen las demás: y á breve rato fueron tantas las que arrojó de sí la ciudad, y las que se juntaron de las poblaciones vecinas, que haciendo la cuenta por el espacio que ocupaban, se juzgó que pasarian de quatro mil, cuya multitud, con lo que abultaban los penachos y las armas, formaba un cuerpo hermosamente formidable, que al juicio de los ojos, venia como anegando la laguna.

Salen de la ciudad innumerables canoas.

Dispuso Hernan Cortés sus bergantines, formando una espaciosa media luna, para dilatar la frente, y pelear con desahogo. Iba fiado en el valor de los suyos, y en la superioridad de las mismas embarcaciones, bastando cada una de ellas á entenderse con

mucha parte de la flota enemiga. Movióse con esta seguridad la vuelta de los Mexicanos, para darles á entender que admitia la batalla; y despues hizo alto para entrar en ella con toda la respiracion de sus remeros: porque la calma de aquel dia dexaba todo el movimiento en la fuerza de sus brazos. Detuvose tambien el enemigo, y pudo ser que con el mismo cuidado. Pero aquella inefable Providencia, que no se descuidaba en declararse por los Españoles, dispuso entonces que se levantase de la tierra un viento favorable, que hiriendo por la popa en los bergantines, les dió todo el impulso de que necesitaban para dexarse caer sobre las embarcaciones Mexicanas. Dieron principio al ataque las piezas de artillería, disparadas á conveniente distancia, y cerraron despues los bergantines á vela y remo, llevandose tras sí quanto se les puso delante. Peleaban los arcabuces y ballestas sin perder tiro: peleaba tambien el viento, dandoles con el humo en los ojos, y obligandolos á proejar para defenderse: y peleaban hasta los mismos bergantines, cuyas proas hacian pedazos á los buques menores, sirviendose de su flaqueza para echarlos á pique, sin rezelar el choque. Hicieron alguna resistencia los nobles que ocupaban las quinientas embarcaciones de la vanguardia: lo demás fue todo confusion, y zozobrar las unas al impulso de las otras. Perdieron los enemigos la mayor parte de su gente, quedó ro-

Era dia de calma.

Favorece á Cortés el viento,

ta y deshecha su armada: cuyas reliquias miserables siguieron los bergantines hasta encerrarlas á balazos en las acequias de la ciudad.

Fue de grande consecuencia esta victoria, por lo que influyó en las ocasiones siguientes el credito de incontrastables, que adquirieron este dia los bergantines, y por lo que desanimó á los Mexicanos el hallarse ya sin aquella parte de sus fuerzas, que consistia en la destreza y agilidad de sus canoas; no por las que perdieron entonces (número limitado, respecto de las que tenian de reserva) sinó porque se desengañaron de que no eran de servicio, ni podian resistir á tan poderosa oposicion. Quedó por los Españoles el dominio de la laguna: y Hernan Cortés tomó la vuelta cerca de la ciudad, despidiendo algunas balas, mas á la pompa del suceso, que al daño de los enemigos. Y no le pesó de ver la multitud de Mexicanos que coronaban sus torres y azuteas á la expectacion de la batalla, tan gustoso de haberles dado en los ojos con su pérdida, que aunque á la verdad eran muchos para enemigos, le parecieron pocos para testigos de su hazaña. Complacencias de vencedores, que suelen comprehender á los mas advertidos, como adornos de la victoria, ó como accidentes de la felicidad.

y se rompió enteramente la flota enemiga.

Consecuencias de este suceso.

Observaron esta faccion muchos Mexicanos.